

## "Los sueños de Agustín"

El señor Agustín era el abuelo de mi amiga Laura que vivía al otro lado de la plaza. Tenía unos 70 años de edad y hacía ya unos años que se había trasladado desde el pueblo a su casa con su familia. Lo querían y cuidaban mucho y a cambio se dedicaba a cuidar y jugar con sus nietos. Les contaba un cuento cada noche y muchas historias de su juventud. La que más les gustaba era la del día que pescó la trucha más grande que se había visto en el pueblo. Disfrutaban muchísimo con tantas historias y además cada día les solía contar una diferente.



Una noche les contó una historia sobre las vacas que tenía cuando era pequeño que resultó muy divertida. Pero al día siguiente volvió a contar la misma historia.

—¡Abuelo! ¿Por qué repites la misma historia que ayer? —dijo Luis extrañado, el hermano pequeño de Laura.

–Perdón, no me acordaba que os la había contado ayer –contestó Agustín.

Lo peor es que no solo pasó ese día, sino que al siguiente ocurrió lo mismo y muchos días seguidos. Los papás de Laura empezaron a sospechar que algo estaba pasando con el abuelo.

Tras varias semanas Laura me contaba que a veces se le olvidaban otras cosas como cuando nació, todos sus apellidos, que se los sabía de carrerilla y nos dejaba alucinados a todos los niños de la plaza. Otros días se volvía a acordar de todas esas cosas, por lo que su familia no le daba mucha importancia. Serán cosas de la edad, decían.

Una tarde Agustín salió a pasear, como hacía todas las tardes, antes de recoger a Laura y a Luis de las actividades extraescolares que hacíamos juntos. Cuando salimos del colegio, Agustín tardaba mucho en venir, por lo que después de un rato esperando, mi padre decidió llamar a los de Laura y Luis para que viniesen a recogerlos.

–¿Dónde estará el abuelo? –me preguntaron los niños.

Yo no sabía qué decirles, pero también empecé a preocuparme y estaba un poco asustada.

Cuando llegaron sus padres lo llamaron a su teléfono móvil y como no contestaba se preocuparon mucho y terminaron llamando a la policía.



Cuando llegaron dos agentes de policía en sus motos, tuvieron que describirle y darles una foto y así comenzaron a buscarlo.

La policía preguntaba a la gente que veía con rasgos parecidos por los lugares que solía pasear. Ya estaba anocheciendo cuando la policía encontró a un señor y le preguntó:

–Perdone, señor ¿es usted Agustín?

El señor no supo responder, pero, de repente, Luis desde el otro lado de la calle gritó:

–¡Abuelo!, ¿dónde estabas?

Pero el abuelo no contestó.

Se encontraba en buen estado, aunque su familia decidió llevarlo al médico, por si le había pasado algo.

Le hicieron unas cuantas pruebas y después de muchas horas esperando le diagnosticaron que lo que le pasaba es que tenía una enfermedad llamada Alzheimer. La familia de Laura se sintió muy triste porque era una mala noticia.

Tras varios días pensando en qué hacer con el abuelo, los padres y tíos de Laura decidieron ponerle un acompañante y llevarlo a una residencia donde estaría mejor atendido que en casa.



La residencia era muy confortable y hacían muchas actividades. Laura me decía que se le veía contento.

Un día que Agustín salió de la residencia, mis padres y los de Laura decidieron organizar una excursión al campo todos juntos. Cuando estábamos en el autobús Agustín empezó a alucinar, porque veía cosas de las que no se acordaba y preguntaba y preguntaba a su acompañante, Emilio.

–¿Qué son esas cosas blancas que hay flotando en esa cosa azul? –preguntó Agustín a Emilio.

–Son nubes en el cielo. –contestó Emilio.

–¡Cielo!, me gusta –dijo Agustín. –Le pondré ese nombre a algún hijo cuando sea más mayor.

–Y... ¿tú como te llamas? –me preguntó Agustín

–Yo me llamo Ale...

Ya no pude seguir porque justo habíamos llegado a nuestro destino. Anduvimos un poco hasta llegar a un prado con un estanque lleno de peces, flores, pequeños animalitos, etc.

Empezamos a comer y luego tuvimos tiempo para descansar y jugar, pero Agustín se acercó al estanque y se preguntó:

–¿Para qué servirá esto?

–¡No! ¡Agustín, para! –le gritamos.

Y entre gritos y gritos se metió en el estanque. Nada lo pudo parar y acabó empapado.

Se nos fastidió la excursión porque nos tuvimos que volver a casa.

Tres días después vimos a Agustín y a Emilio dando un paseo por la tarde.

Agustín vio un gran árbol y preguntó –¿Qué es esta cosa tan bonita?

–Es un árbol –contestó Emilio.

–¿Un árbol?, ¿para qué sirve? –siguió preguntando.

De esta manera Emilio contestaba todas las preguntas que le hacía Agustín en todo momento.

Pero lo que no sabía nadie es que Agustín cada día soñaba con todas las cosas que iba descubriendo gracias a Emilio. En sus sueños conseguía recordar todo lo que hacía durante el día, incluso lo del día anterior, y el anterior... Aunque cuando despertaba, no lograba acordarse de nada y seguía como antes.

Sin darse cuenta, Agustín estaba recuperando sus recuerdos, aunque fuese en sueños.

Su familia, cuando iba a visitarlo, veía que cada vez estaba más feliz y sonriente, aunque Laura y Luis seguían tristes porque su abuelo ya no les contaba las historias de antes.

Todas las noches Agustín recordaba soñando, por lo que conseguía acordarse de su familia y sus nietos y de las aventuras que les contaba.

Tanto disfrutaba soñando que cada vez le costaba más y más despertarse. Hasta que un día de verano, cuando consiguió recordar soñando todo lo que le había pasado en su vida, se sintió tan a gusto y feliz que decidió no despertarse nunca más para seguir soñando. Y con una sonrisa, se fue.